

SEGUNDA PARTE

“La violencia que sufren los pobres”

“LA VIOLENCIA QUE SUFREN LOS POBRES”

Este texto, publicado en 1968 en la revista Igloos/Le Quart Monde fue escrito en el contexto del desalojo, con frecuencia violento, de los poblados de la región parisina y de otros lugares.

La violencia de la indiferencia y el desprecio

Sólo es miserable el hombre que se encuentra aplastado por el peso de la violencia de sus semejantes. En él se ceban el desprecio o la indiferencia, de los que no puede defenderse.

Sólo puede huir dejando los caminos normales. Por eso tiene que aniquilarse y convertirse en el olvidado de las ciudades de urgencia, de las zonas negras y de los suburbios. Es el excluido.

La violencia del desprecio y de la indiferencia crea la miseria, porque inexorablemente conduce a la exclusión, al rechazo de un hombre por los demás hombres. Aprisiona al pobre en un engranaje que lo machaca y lo destruye. Hace de él un subproletario.

La privación constante de esta comunión con el prójimo que da luz y seguridad a todas las vidas condena su inteligencia a la oscuridad, hunde su corazón en la inquietud, la angustia y la desconfianza, destruye su alma.

La violencia en nombre del orden, la razón, la justicia

Ni los subproletarios ni los ricos tienen necesariamente conciencia de la violencia que planea sobre el universo de la miseria. Muchas veces está disimulada tras el rostro del orden, de la razón, de la justicia misma.

¿Acaso no nos metemos, en nombre del orden moral, en sus pobres amores y los zarandeamos, a veces los denigramos, juzgándolos siempre, en vez de convertirlos en trampolín de su promoción familiar? Sin embargo, aunque no sean conformes a nuestra moral ni a nuestros códigos, sin duda son la única oportunidad que les queda para la confianza y para llegar a una vida más completa.

El suburbio podría haber sido un lugar de paso para un pueblo de desgraciados que se dirige hacia una ciudad más justa. En nombre de un orden social lo hemos convertido en un infierno que hace su vida infernal con el pretexto de evitar que las familias se aferren a él y se queden allí. Nuestra prisa por imponer un orden nos hace olvidar al hombre. Cuanto más precaria es su vida y cuantos menos bienes posee, más se aferrará por el miedo a perderlos. No será fácil que los cambie por lo que no puede conocer ni comprender.

¿No es también nuestra “razón” la que nos manda quitar al subproletario su autonomía? ¿No sabemos mejor que él lo que le conviene? ¿Por qué ponerle ante elecciones reales con las que no sabrá qué hacer? Así, llegamos hasta el extremo de designarle el lugar en que vivirá. Después le acusaremos de no tener iniciativa ni ambición, y diremos: “Es que no quiere salir de ahí”. ¿Cómo va a salir si nunca ha podido aplicar su propia razón?

En nombre de una cierta justicia usurpamos incluso su lugar de padre, lo sustituimos ante sus hijos, pretendemos que no asuma sus responsabilidades, lo condenamos. Así nunca se convertirá en un verdadero padre, plenamente responsable de los suyos, defensor de sus derechos.

Después de rechazar todo lo que ha hecho, de denigrar lo que ha emprendido, de privarle de la mayor parte de sus bienes, hemos hecho de él un ser sitiado. Su queja no será conforme a nuestras leyes: robará, sufrirá golpes y heridas. Así que, en nombre de la justicia, lo llevaremos a la cárcel. Cuando salga, ¿cómo será aún capaz de respetar nuestra justicia?

Nuestro orden, nuestra razón, nuestra justicia se vuelven contra él. Crean en su vida un orden singular que le lleva al desorden, a la sinrazón, a la injusticia...

El orden violento engendra el orden del desorden y de la violencia

En este orden que a nosotros nos parece razonable y justo, el pobre se instala como en una situación normal. Respeto todas sus leyes y obligaciones. Es un hombre aplastado y se comporta como tal, pero la violencia de este orden entra en él. La ley que sufre se convierte en la que él hará sufrir, y las obligaciones que se le imponen él las impondrá a los suyos, a su entorno.

Sin embargo, no es violento como lo es el orden que se le ha impuesto. No es coherente, ni lógico. Se verá arrastrado por un reflejo ciego, torpe, ruidoso, y su violencia, al parecer, no tendrá objeto. Pega a su mujer, insulta a su jefe, amenaza al funcionario del paro, se enfada con sus amigos... No es un hombre violento, es un hombre furioso. Se pelea con sus vecinos, insulta a las damas caritativas que abruma su vida y que, bajo sus dulces modales, le parecen canales de la violencia incisiva e implacable que soporta...

Así que los que no son pobres huyen de este ser furioso, contentos, piensan, de salir tan bien librados. Huyen de este hombre desquiciado y peligroso que se ha merecido su suerte. No hay nada que hacer; nunca habrá nada que hacer con él.

La sociedad, que se cree basada en la razón y en el respeto del orden, no puede concebir semejante forma de dialogar. Las iglesias pensarán que dan muestras de buen juicio no abriéndole sus proyectos más que con prudencia o condescendencia.

De este modo, la situación del miserable de nuestro mundo de opulencia se convierte en la más trágica que haya conocido el hombre a lo largo de la historia. Nunca como hoy el miserable ha sido el hombre truncado, el hombre mutilado, privado de su libertad, de sus derechos, de sus poderes, de su honor y de su amor, el hombre a quien se ha infligido una violencia total en nombre de la razón, de la justicia, del orden establecido.

El subproletariado no es un pueblo rencoroso

¿Qué clase de hombre es, pues, ése al que se trata así, ése al que sólo se le conoce a través del vicio, el pecado o incluso la locura? ¿Quién es este hombre cuyos rasgos son los del desecho y al que reconocemos diciendo “¿Acaso no tienen todas las sociedades sus desechos? Además necesita tener desechos”.

Reducido al silencio, como corresponde a quien es la vergüenza de la comunidad, privado de sus medios básicos de expresión, que son la palabra y la inteligencia, nos grita a través de su mugre, del olor de la miseria, de su forma de vida caótica y violenta.

¿Son gritos de venganza, de robo, de violación, de restitución? ¿Son sus intenciones verdaderamente contrarias a las nuestras?

Este hombre no es un desecho, ni es peligroso, ni siquiera le mueve el odio hacia quienes lo oprimen. Tras los cristales rotos de su casa, las planchas mal unidas de su barraca, en el agujero vergonzoso de su iglú, en la salida diaria para buscar trabajo, un amigo, una mano tendida, un Dios en el que creer, sufre la violencia sin descanso de una espera sin esperanza. Y si alguna vez cierra los puños no es porque en ellos encierre el rencor: es que en la miseria no hay nadie a quien esperar, no hay un Jesucristo cuya mano estrechar con fuerza, cordialmente. Su violencia está hecha de la desesperación de la indignidad, no de la convicción de sus derechos ni de la voluntad de reivindicarlos atacándonos.

Nosotros siempre cerramos las puertas de nuestras iglesias

Pero la violencia llama naturalmente a la violencia, y nuestra respuesta a la violencia inconsciente y ciega del miserable es el desagrado, el desprecio, el rechazo cada vez más intenso, es la exclusión del patrimonio común y el encierro en las ciudades vertedero. Nuestra respuesta es el gendarme, el coche de policía, la apisonadora que al arrasar el suburbio destruye esta caricatura de propiedad privada característica de los excluidos: un poco de madera, un trozo de chapa ondulada o de papel alquitranado, alguna caja vieja encontrada entre los restos de un mercado...

Nuestra reacción es levantar un poco más los muros de nuestros intereses, de nuestros privilegios, de nuestras instituciones, y reducir un poco más los resquicios de las puertas de nuestras iglesias, de nuestros templos. Nosotros, los que estamos seguros, nos dormiremos en paz y en silencio, ajenos siempre a quien estaba a nuestro lado y era nuestro hermano.

Él, que no es desecho sino víctima, quedará abandonado en las ciudades negras, las pensiones, los suburbios. No queremos conocer su realidad, y cuanto más nos encerremos en nuestras fortalezas menos capaces seremos de saber cuál es realmente. Se ha convertido en un extraño, en alguien cuyo sufrimiento consideramos justificado. Aceptar escucharlo sería arriesgarse a perderlo todo, porque no se contentaría con un poco: querrá cogerlo todo, acapararlo todo, destruirlo todo. Conocemos bien la gravedad del peligro que nos hace correr: hay que escapar como sea, aunque sea al precio de la inhumanidad.

Todos somos responsables de estas reacciones brutales, incluso aquellos de nosotros que se comprometen en acciones de lucha contra la pobreza. Son culpa nuestra porque tenemos una tendencia excesiva a presentar la miseria como un pequeño asunto, un pequeño olvido, un pequeño accidente en la historia de la humanidad en marcha. Y muchas veces proponemos respuestas incompletas, soluciones débiles. Y, sobre todo, que no impidan la creación de ese nuevo mundo hacia el que vamos, hecho de nuevas Babeles, de nuevas Columnas de Hércules.

Hombres que se pierden mientras nosotros conquistamos el espacio

Sin querer reconocerlo, también nosotros pensamos que lo que importa no es el riesgo de perder un hombre, sino el de frenar el progreso de los demás: construir aviones, crear fábricas, llegar a otros planetas.. Ésta es la verdadera historia de nuestra época. Y queremos formar parte de esta historia, de esta época. Por tanto, querer eliminar la miseria no es tan serio: es un esfuerzo loable de algunas buenas personas un poquito excéntricas o utópicas. “Es una vocación especial”, nos dicen a veces con indulgencia, “un carisma particular”. Pero no es esencial, no vale de verdad la pena comprometerse y “arruinarse” la vida.

Es que no hemos comprendido bien esta violencia solapada y permanente que se inflige a los pobres y que hace que se pierdan hombres mientras nosotros conquistamos el espacio. No hemos comprendido que la violencia torpe de los subproletarios, lejos de ser un accidente en nuestra historia, pone en tela de juicio a una sociedad entera capaz de mantener la carrera hacia las estrellas destruyendo hombres.

La violencia del amor

Es cierto que la violencia llama a la violencia, pero ¿no hay más violencia que la de la exclusión, la de la bayoneta que apunta al vientre del miserable?

En nuestra opinión hay una violencia infinitamente más eficaz. Hunde sus raíces en el fondo mismo de nuestra naturaleza humana, se alimenta de nuestro corazón, de lo mejor de nosotros mismos, de nuestros deseos de alegría, de paz para repartir y dar. Se alimenta de nuestro encuentro con el Dios de la caridad, de nuestro ideal de justicia.

Esta violencia es la que provoca las verdaderas revoluciones, profundas y definitivas, las resurrecciones que devuelven vida, respeto, honor, gloria y felicidad a todos los hombres, sean ricos o pobres. A esta violencia, que es la del amor, es a la que nos entregamos unos y otros, lo queramos o no, porque somos verdaderamente hombres y porque hemos tomado conciencia de que ningún otro hombre puede jamás resultarnos extraño ni enemigo.

El subproletario también se ha entregado a ella. Si lo conociéramos siquiera un poco, sabríamos que no nos pide nada más que ser un hombre, que no desea nada más. Nos pide que todos los hombres sean reconocidos como tales y tratados como tales.

No pide más que esto, que la escuela sea para sus hijos crisol de la inteligencia, que la Iglesia sea el camino hacia la comunión de todos los hombres ante el Dios de su fe, que la sociedad sea justa y franca, que la técnica y la economía estén al servicio del reparto de los bienes de la tierra.

El subproletario pide, como nosotros, la creación de un mundo nuevo. El sentido de su combate es también transformar las estructuras de una sociedad de forma que el honor, la justicia, el amor y la verdad sean los fundamentos para que todos los hombres –él, por tanto– consigan la plenitud de sus derechos: los poderes de pensar, comprender, amar, actuar y rezar. Si el miserable nos interroga, si nos hace preguntas y nos obliga a hacérselas a nosotros mismos, no es porque nos esté pidiendo que aflojemos la marcha, sino, al contrario, nos fuerza a ir más rápido y más lejos, a ver infinitamente más allá y a ser más ambiciosos de lo que somos. Nos arrastra en un verdadero vértigo de nuevo planteamiento general de la humanidad.

¿Se convertirá el oprimido en opresor?

Es cierto que podríamos concebir otra revolución, más clásica en la historia del mundo, que consistiría en organizar a los pobres de modo que puedan robar el poder a los ricos y ocupar su lugar. Pero, ¿quién garantizaría entonces que el miserable, convertido en rico, sería mejor que el rico de hoy? ¿Quién nos dice que Lázaro, sentado a la mesa del rico, no le perseguirá para excluirlo a su vez? ¿Quién nos asegura que cuando sea poderoso no organizará a su vez la violencia y la destrucción? ¿No deberíamos suponer que de entre los pobres de hoy pueden surgir tiranos que oprimirán a los ricos desposeídos de su poder? ¿Cómo impedir que la justicia para todos, el honor y la oración para todos, se conviertan una vez más, a través de los miserables de ayer elevados al poder, en la injusticia, la mentira, el rencor, la guerra del mundo del mañana?

La situación actual de los excluidos, la necesaria transformación del mundo a su favor no deben hacernos olvidar este nuevo riesgo: el subproletario, a su vez, intentará oprimir, destruir al hombre. ¿No proviene este riesgo cierto de que los pobres ven cómo los poderosos de hoy viven en la abundancia y usan sus bienes para dominar y aplastar? Si un día el miserable ocupa ese lugar, ¿cómo no va a sentir la tentación de hacer lo que ha visto hacer y recrear la sociedad que él ha conocido, basada en la violencia?

Sin embargo, si al mirar a los ricos de hoy encuentra entre ellos a hombres que son profundamente hombres, respetuosos con todos sus hermanos, grandes en su magnificencia, trabajando de verdad y en concreto para crear un mundo nuevo basado en la justicia, el amor, la verdad y la paz; si encuentra en los ricos de hoy a hombres obsesionados con la dignidad de sus semejantes, entonces habría oportunidades de que optara por imitarlos y por colaborar con ellos en la creación de ese mundo.

El amor engendra amor

El mundo de mañana es sin duda nuestra obra **personal**, tanto si lo construimos con los pobres como si ellos ocupan un día nuestro lugar para construirlo sin nosotros. Para que sea un mundo sin opresión, el mundo del mañana nos exige que vivamos la realidad de la palabra de Cristo: “El reino sufre violencia”. Pero una violencia dirigida a nosotros mismos, una violencia que nos libre de nuestro orgullo, de nuestro deseo de dominio, que es abandono voluntario de los bienes como aportación que hacemos a la realización de la fraternidad, de la verdad, de la paz.

Si los pobres nos vieran vivir verdaderamente pobres nos mirarían, nos tomarían como modelo y nosotros haríamos de esa pobreza la verdad que Cristo exigió y practicó. La pobreza del Crucificado del Gólgota es una experiencia de vida, una exigencia, y no es pobre de verdad quien lo sea de un modo distinto del que él ha elegido. Esto puede aplicarse a todos cuantos ponen en tela de juicio el mundo opulento de hoy. Si no se acepta pagar el precio que el propio Cristo nos señala, no se puede hablar de un mundo futuro más justo, más verdadero, más fraterno. El mundo de mañana pasa por que estemos dispuestos a escuchar la llamada del amor que surge de la tierra. Pasa por nuestra renuncia. Sus fundamentos serán la puesta en común y el reparto de lo que nos ha sido dado, para que todo sirva para todos, para su felicidad.

También es preciso saber que esta renuncia sólo será aceptada y reconocida como punto de referencia si nuestro desposeimiento continúa sin interrupciones, si nuestro ideal no es sólo acercarnos sin pausa al hombre más pobre, sino también identificarnos con todo lo que en él es verdad, amor y justicia, solidarizarnos así con su causa y amarla hasta tal punto que se convierta plenamente en nuestra causa hasta hacerla realidad.

Entonces el subproletario que haya encontrado en nosotros un hombre al que imitar y no combatir se unirá a nosotros para crear un mundo de justicia, un mundo de verdad, un mundo de amor y de paz. Y si en esa tierra hubiera aún violencia sería la violencia del amor compartido.

EL CUARTO MUNDO Y LA NO VIOLENCIA

Conferencia pronunciada el 31 de agosto de 1984 en la 10ª sesión “Teología y no violencia”, organizada por las Comunidades del Arce de Lanza del Vasto, en la abadía de Bonnetcombe (Rodez, Francia).

Preámbulo

“*La historia del Cuarto Mundo y la no violencia*” es el tema que habéis sido tan amables de encargarme. Podríamos cambiarlo por la siguiente pregunta: en la situación de injusticia vivida por el Cuarto Mundo como violación de los Derechos Humanos y, en consecuencia, como forma de violencia, ¿puede el hombre carcomido por la miseria ser un hombre capaz de paz y fraternidad? Me gustaría decir lo que las propias familias del Cuarto Mundo han respondido a esta pregunta.

Creo que, para comprender sus respuestas, primero deberíamos recordar muy brevemente la violencia secular infligida a los más pobres. Después de recordar muy rápidamente algunos ejemplos de la violencia contra los más desposeídos a través del tiempo, intentaré esbozar algunas de sus reacciones, recogidas en los lugares de miseria en los que los equipos de ATD Cuarto Mundo se esfuerzan por compartir la vida y las esperanzas de las familias.

He elegido tres de estas reacciones, de estas respuestas al destino que padecen. Para las familias del Cuarto Mundo hay una primera actitud frente a los obstáculos que se levantan ante ellas, frente a los opresores. Es la que voy a denominar “*el regate*”. A la segunda respuesta la llamaremos “*el enfrentamiento no violento individual*”. La tercera será “*la no violencia consciente y activa común*”, que permite a las familias reflexionar y así practicarla juntas.

Todo lo que voy a contaros lo ha aprendido ATD Cuarto Mundo del sufrimiento de familias excesivamente pobres de la Francia de los años 50, del sufrimiento en carne y hueso de las familias, que ya no pueden más de vida en cuchitriles, en suburbios, en ciudades de barracas, que ya no pueden más de vida en el hambre, el subempleo, la pobreza material, pero sobre todo, en el desprecio, la humillación y el miedo a su entorno. Es un entorno que salió poco a poco de las angustias de la guerra y se apuntó a la sociedad del bienestar.

No soportar que las familias sufran hasta tal punto privaciones materiales innumerables y a la vez desprecio es lo que nos llevó a algunos, cada vez más, a querer vivir y compartir con ellos. No para llevarles comida y ropa, sino para compartir su sufrimiento, comprenderlo desde dentro y transformarlo, con las familias, en honor y esperanza. Si nos hubiéramos dejado llevar por las cosas nunca habríamos sido sus amigos ni ellas nuestras amigas: teníamos que ir a vivir con ellas. Haber compartido el sufrimiento del desprecio es lo que nos ha hecho descubrir que la historia de los más pobres es una historia de violencia.

I – UN DESTINO DE VIOLENCIA

Sin duda es preciso recordar ante todo que nuestras sociedades occidentales contienen castas de personas muy pobres, relegadas de padres a hijos, a través de la historia, a través de la sucesión de las sociedades, en lo más bajo de la escala social. Relegadas a lo más bajo del mundo, allá donde las familias –toda una población, de hecho– son las víctimas elegidas por todas las violencias. Forman una especie de fondo de la humanidad que permanece estable y que representa la continuación de un entorno a través de todos los cambios y todas las épocas. Este fondo estable de familias se transmite una memoria colectiva, más o menos confusa, más o menos consciente y elaborada, que el Cuarto Mundo posee como cualquier otro entorno.

Por ahora me limitaré a señalarlo, para que no se nos olvide que en el Cuarto Mundo se vive una historia ancestral que, debido a la transmisión de la miseria, es, como por definición, una historia de violencia. Y aunque los ricos no la hayan escrito ni la hayan tenido en cuenta, eso no significa que los más desposeídos no la lleven consigo, que no estén marcados en su espíritu y en su cuerpo, tanto en sus actitudes profundas como en sus gestos cotidianos.

Memoria de violencia, sí, pero ¿bajo qué formas se manifiesta? Aquí me limitaré a presentar algunas instantáneas, algunas imágenes generales, simplemente para ponernos en sintonía con los más pobres de nuestro tiempo. Hoy son los herederos de una pesada historia de opresiones y brutalidades, perfectamente coherente en su continuidad. Y es que debemos recordar cómo, a través de todas las edades, la miseria ha estado presente en nuestras sociedades occidentales en particular. Lo sabemos, en primer lugar, gracias a los hombres que en todas las épocas se han levantado para aliviarla o incluso para destruirla. Aunque no conozcamos la historia de las víctimas, conocemos, al menos en parte, la de sus defensores.

Así, sabemos que la miseria tan pronto fue errante y desarraigada como se instaló, hambrienta, silenciosa, inmóvil, en los campos. Otras veces también se apiñó en los barrios hormigueantes, ruidosos, insanos, en las ciudades. Volveremos enseguida a hablar del rechazo, del manejo, de la dispersión, de las reagrupaciones de familias muy pobres, siempre arbitrarias e impuestas por la fuerza, que se han realizado en nuestra época. Pero este precio de la urbanización vienen pagándolo los pobres desde la Edad Media.

En todos los tiempos el Cuarto Mundo ha pagado tanto el precio de la penuria como el de la abundancia, el precio de la modernización que produce más bienestar para los otros y el precio de los años de vacas flacas para todo el país. Ellos han pagado el precio del deterioro de los barrios y se han visto expulsados a las chabolas. Han corrido con los gastos del aumento del aburguesamiento, de la expansión de las ciudades, y se vieron claramente expulsados, vieron cómo se les impedía quedarse dentro de los muros de las ciudades después de caer la noche. Hubo también siglos de encierros en asilos, en hospicios, en las “casas de trabajo”, en las “casas de pobres”, sin olvidar los barrios reservados, las cortes de los milagros. Todas las formas de urbanización eran violencia contra los miserables.

A estas medidas de fuerza se añadía la enfermedad. Los más pobres fueron también los más afectados por la peste, igual que por todas las epidemias, las fiebres infecciosas, puesto que, obviamente, eran los más amontonados, los más débiles de antemano. Se sumarían las guerras y las grandes hambrunas. Y es que los más pobres están también en las tropas, en los bandos, en la infantería, en las levadas, como instrumento de nuestras guerras. Dejan viudas y huérfanos en los pueblos, en las casuchas a las que vuelven lisiados, incapaces de sacar adelante a los suyos. Y, claro está, son los primeros diezmados cuando la hambruna asola el país.

Pensemos en la guerra de los Cien Años, que supuso la desbandada, el hambre, la destrucción de todos los cimientos de parroquias y comunidades. Pensemos en las guerras napoleónicas, un tiempo en el que los más pobres se convirtieron en un pueblo de hombres que volvían a sus casas en camilla, un pueblo de viudas sin ayuda, de niños errantes por las calles y los campos. Un pueblo que fue el que más sufrió esas guerras, porque perdió incluso ese último cimiento, ese último bastión contra la miseria que es

la familia. Para todos es un grave problema perder una cierta cohesión de la vida familiar. Para los más pobres es la última protección contra la destrucción de la dignidad de la persona, que también pierden así.

¿Sabemos que los descendientes de estas familias de la miseria de antaño están hoy en parte en las ciudades subproletarias, entre los parados de larga duración? Así se perpetúa a través de los tiempos la falta de libertad para elegir domicilio, la reglamentación de la vida de los más pobres a manos de los ricos, la falta de protección contra todo tipo de catástrofes, esta dependencia total de los demás hombres y de la naturaleza, que quebranta todo esfuerzo de mostrarse dignos y toda posibilidad de defender a los suyos. Falta aún añadir a todo esto la ignorancia, esa lacra que cierra como para siempre el círculo vicioso de la extrema pobreza. La ignorancia, la falta de informaciones indispensables, la privación de instrucción y de empleo convierten de siempre a los más pobres en explotados, en subempleados, y, a fin de cuentas, en parados.

Éstas son las piezas separadas que forman en realidad un destino coherente y continuo. Esto es lo que forma hoy hombres, con su manera de ser y su memoria. Os he presentado un recuerdo sin duda demasiado lapidario del pasado de esta capa de población que, por la fuerza y la violencia de su historia, se ha convertido en un pueblo. Lo que quería era llevaros rápidamente a la presencia de este pueblo único, que posee una experiencia única de lo que puede ser la violencia, consciente o inconsciente, de los hombres, de este pueblo que en cada época vuelve a decirnos que, mientras siga habiendo miseria al pie de nuestra escala social, nuestras sociedades no estarán basadas en la paz, que nuestra paz seguirá siendo la paz de algunos, una paz selectiva.

II – LA NO VIOLENCIA COMO REGATE

Así pues, estamos en el corazón de una población violentamente maltratada, en nombre de nuestras políticas de vivienda y urbanización, pero también en nombre de todas nuestras otras políticas, sean escolares, de empleo, de los recursos o de la salud, o incluso en nombre del buen funcionamiento de las instituciones creadas para llevar a cabo esas políticas.

Además, desde su creación nuestras democracias occidentales han dejado de lado la opinión, la voz de la población que se ha quedado al pie de la escala social. No tienen representación, ni siquiera se ha previsto. Puesto que no disponen de los medios para cumplir las normas establecidas para los demás ciudadanos, ¿cómo no iba el Cuarto Mundo a ser una víctima indefensa de lo arbitrario, de decisiones impuestas en las que no puede influir? Y tanto más porque estas familias confunden, molestan y exasperan a las instituciones y a su entorno. Los desafían, en cierto modo los provocan. ¿Cómo no caer en el error de querer educarlas a la fuerza, de obligarlas a “andar derecho”?

Ahora bien, ¿qué puede hacer el hombre pobre y sin defensa, reglamentado, perseguido por nuestra buena y nuestra menos buena voluntad, sino un regate? Parece, efectivamente, que los más pobres no se atreven a oponer una resistencia clara, de ningún tipo, a la asistente social, al cura o a los vecinos, por ejemplo. En cambio, se esfuerzan por evitar el enfrentamiento y tratan de salir por otro lado.

Por ejemplo, si alguien reprocha a los padres que no manden a los niños a la escuela, la madre intentará darle la vuelta al asunto: “Pero mire, el niño está bien alimentado. No puede decirse lo mismo de todos los niños de aquí”. Regatear, zafarse del enfrentamiento, es, de una forma u otra, coger desprevenido al que tenemos enfrente. Es hablar de otra cosa: “Mi hijo no tiene todo lo que necesita. Somos demasiado pobres, pero él, por lo menos, tiene a su mamá, que yo no la tuve”. En la vida cotidiana somos, pues, testigos de mil maneras de dar un rodeo cuando tenemos enfrente a alguien que sabemos que es más fuerte. Por ejemplo, en vez de hablar del presente que se le reprocha, un padre de familia desvía la conversación hacia el futuro: “*El ordenador*”, dirá, “*hoy es lo que manda, es el futuro*”. Dar un rodeo, disimular, desviar la conversación, son cosas que hacen los padres también poniendo al niño por testigo: “Dile lo que cenaste anoche”. Es una forma de utilizar a los niños, poniéndolos por delante.

Pero el niño intermediario, el medio para el regate, es también el niño tratado como adulto. Por ejemplo, a Martine, de nueve años, la mandan a ver al portero: va para prometerle que la familia pagará los atrasos. Es un modo de evitar durante algunos días o algunas semanas que les echen. Sin embargo, los padres experimentan un profundo sufrimiento al verse obligados a evitar de este modo el enfrentamiento y la violencia, ocultándose detrás de los niños. En realidad, todas estas huidas y desviaciones, aunque salvan de momento la fractura de la familia, se pagan con la vergüenza. Por ejemplo, tienen que aceptar que insulten a los suyos. Por ejemplo esta mujer que, temerosa de que su marido pierda el trabajo, oculta su humillación y se calla ante el jefe al que ha venido a ver para excusar la ausencia y que le responde: *“Tanto mejor: así pagaré un día menos a este tipejo que no sabe hacer nada”*. Otros padres tampoco contestarán cuando el profesor les diga que su hijo no será nunca nada, que no vale más que para delincuente.

Muchos adultos del Cuarto Mundo llevan dentro su rencor: cuando la asistente social les da consejos, cuando un educador les lee la cartilla, cuando se quedan sin palabras ante el juez. Tienen miedo de decir lo que piensan. Saben demasiado bien que, hagan lo que hagan y digan lo que digan, siempre estarán equivocados. A veces dicen algo después: *“El juez no ha podido conmigo: le he contestado que sí a todo lo que decía”*. *“Esa gente no manda en mi casa”*. Las mujeres dirán: *“Si la asistente social se cree que va a enseñarme a criar a mis hijos... ¡A mí, que he tenido un montón!”*. Un padre de familia afirmará: *“A mí no me da miedo ese profesor”*. Así, los más pobres ejercen la no violencia multiplicando los regates, evitando todo lo que podría provocar el enfrentamiento e impedirles vivir en un estado al menos con apariencia de paz.

Quienes no conocen el mundo de la miseria tal vez piensen que es una cuestión de cobardía, de miedo. Es verdad que los más pobres tiemblan antes quienes tienen el poder y, sobre todo, los medios para oprimirlos y excluirlos. Saben por experiencia que a esa gente no se les puede decir nada, que no ganarán nada. Así que su regate es un regate para vivir, aunque no sea más que con una apariencia de paz. Entre sí, o a mí y a los voluntarios reconocerán la verdad: *“Diga lo que diga, siempre me equivoco, así que prefiero callarme. A mí no me gusta que me insulten. Quiero conservar a mis hijos, así que me callo”*.

En resumen, que las familias del Cuarto Mundo son lúcidas y perfectamente conscientes de su vulnerabilidad. Es tremendamente fácil reprochar algo a los humildes, burlarse de su ignorancia y hacerles pagar su insumisión. Es el caso de la señora Da Silva, condenada a 17 años de prisión por haber intentado suicidarse con su hijo. Sabía que, dijera lo que dijera, sería imposible que comprendieran su gesto desesperado. Era mejor seguir muda, rehuir la palabrería, dejar que la calamidad siguiera su curso.

Esta apariencia de tranquilidad conseguida con la huida, las humillaciones y el silencio –¿es preciso decirlo?– paraliza profundamente a los más pobres. Es una no violencia que no construye nada, ni dignidad ni paz. Es sólo un mal menor para quienes saben demasiado bien que, en realidad, el silencio es lo único que les está verdaderamente permitido: *“Usted hablará cuando yo le pregunte. ¡Aquí el que habla aquí soy yo: usted no sabe nada de nada, así que cállese!”*.

Se comprende esta queja que no deja de llegarnos: *“Me gustaría que comprendieran; me gustaría que nos dejaran en paz; me gustaría que nos respetaran”*. ¡Qué terrible enseñanza la que recibimos de las familias con palabras tan sencillas! Continuamente establecen una conexión entre comprensión, respeto y paz. Pero no piden esa paz que sería no hacerles caso, sino la que significa comprensión y respeto, la paz de la fraternidad y la dignidad para los pobres.

III – LA NO VIOLENCIA, LA MANSEDUMBRE INDIVIDUAL DE LOS MÁS POBRES, COMO MEDIO PARA PROVOCAR LA MANSEDUMBRE DEL PRÓJIMO

Sin embargo, esta violencia no es lo único que hay en el límite destructor de la persona. Hay otro sentimiento que vive en las familias, que les lleva a no responder a la violencia con violencia. Es el

sentimiento que expresan cuando dicen: "*¿Qué quiere usted? No tienen ni idea, porque nunca han vivido esto. Ellos tienen trabajo y tienen dinero*".

Esta especie de mansedumbre de los más pobres ante los ricos se resume perfectamente en estas palabras de un niño: "*Lo que hace falta es que los ricos se vengan a vivir con nosotros. Nosotros nos iríamos a su casa, y luego se la devolveríamos, y así se enterarían de lo que es vivir como vivimos nosotros*". No son sólo las palabras de un niño. Son palabras que vienen del fondo del pensamiento, de la intuición de los más pobres. Unos pobres que no han participado en las luchas obreras, unos pobres demasiado pobres, hoy como ayer, para participar en las luchas obreras, para compartir la memoria y el orgullo obreros, pero que tienen su propio orgullo, otro orgullo, otra memoria.

Tampoco es cobardía cuando reanudan el trato con ese vecino o esa vecina que ha denunciado a su hijo a la policía. Para excusarse, cuando alguien se extraña le dicen: "*Es verdad, estos niños son de lo que no hay. A veces hasta nosotros nos hartamos*". Y el padre o la madre añadirá: "*De todas formas, hay que llevarse bien para seguir adelante*".

Muchas veces los ricos no comprenden esta manera de reconciliarse, estos reencuentros tras una pelea, tras las discusiones en el café, a las que sin dudar llaman "discusiones de borrachos", cuando en realidad son la expresión de una suma infinita de exasperación y desesperación. Los ricos no comprenden a estos hombres que acaban de pelearse y que luego vuelven a juntarse para arreglar la bici, la moto, el coche. No comprenden a este hombre, que, aunque no se lleva bien con su vecino, se lo recomienda a su jefe para que le dé trabajo. "*Pero si es que tiene que comer, y dar de comer a sus hijos*", me dirá.

¿Quién puede entenderlo? Sin embargo, todo se explica si pensamos en esta sed, en esta necesidad de paz que está en el corazón de los más pobres. Es una sed que llevan dentro las familias de las ciudades subproletarias. Cada cual se ve empujado, de una forma o de otra, a hacer gestos que la apaguen. Cada cual, también, por la voluntad de paz que mueve a sus vecinos, se ve empujado con una misma intensidad que siempre renace. No se puede vivir continuamente junto a los demás sin darse cuenta y sin sufrir todo lo que soportan. Por eso no es de extrañar que un vecino que pasa hambre deje un paquete de comida a la puerta de la familia de enfrente.

En todo esto subyace la necesidad que las familias tienen de los demás. Para salvar nuestra dignidad, para seguir siendo respetables a nuestros propios ojos y a los de los hijos es preciso ser útiles, es preciso que los vecinos nos aprecien y nos tengan bien considerados. Así se explica esa necesidad lacerante de entenderse con aquellos cuya proximidad nos impone la vida.

Ya hemos comprendido que es una proximidad que no han elegido los más pobres. La política de alquileres económicos obliga a familias muy pobres de culturas distintas a vivir juntas, sin proporcionarles los medios para que lo hagan respetándose mutuamente. Imaginemos lo que significa para hombres y mujeres agotados tener vecinos ruidosos y alborotadores en unas casas que no están insonorizadas, o tener que aceptar como vecino a un hombre que acaba de salir de la cárcel, que ha robado o que ha violado a nuestra propia hija con sólo ocho años.

A esta necesidad de entenderse con los que están alrededor se añade la de conseguir vivir en armonía con un entorno más amplio. Tampoco esto lo han elegido los pobres. Las familias del Cuarto Mundo no han elegido la escuela para sus hijos. No han tenido elección en materia de salud: están obligados a ir a dispensario de su barrio. No tienen medios para elegir a su asistente social ni pueden quejarse de la que les impongan.

En suma, es preciso aceptar a todas estas familias con las que es preciso convivir y que siempre, de un modo u otro, tienen necesidad de vosotros y a las que vosotros también necesitáis. Si no, la vida ya no sería posible. También hay que aceptar a todas esas personas del mundo exterior que tienen poder sobre vosotros y sobre vuestros hijos, sin las que sabéis que no llegaréis a ningún sitio. Hay que vivir con ellas con un consenso mínimo.

Veo otra vez a aquel hombre en el cementerio, el pasado mes de julio: un coche atropelló a su hija, de nueve años, cuando andaba por una acera. La niña murió. Después del entierro, el padre me dijo: *“Imagínese: quería estrangular al desgraciado que había matado a mi niña. Pero cuando llegué a la comisaría y vi que era una mujer minusválida, no supe qué decir, y pensé que también para ella era terrible haber matado a mi hija. Lloramos los dos juntos y le dije a mi mujer que teníamos que perdonarla. Pero créame que cuesta mucho”*.

En cuanto a la armonía que es preciso conseguir cueste lo cueste con la sociedad circundante, veamos si podemos profundizar un poco más en su necesidad. Los más pobres necesitan paz con el mundo que les rodea porque la vida les ha privado de identidad, les ha privado de derechos. No se les reconoce como sujetos de derecho y no tienen los medios para imponerse como tales. Las familias del Cuarto Mundo, cuando toman conciencia de que efectivamente se les ha privado de todos los derechos, tienen un único medio eficaz para ser reconocidos a pesar de todo, un arma última y absoluta, que es exponer su miseria y el sufrimiento que supone: míreme, sienta lo que yo siento, y así comprenderá y no podrá dejar de tenderme la mano.

Los más pobres han hecho la prueba y saben efectivamente utilizar su miseria, no para luchar, sino para apelar a la fraternidad. Es equivocado pensar que no podrían rebelarse. Ya lo han hecho a lo largo de la historia. Lo que les frena las más de las veces es esa sed insensata de reconocimiento, de ser reconocidos como hermanos, como hombres. *“Que los hombres aprendan a darse la mano”*, como dicen en las ciudades subproletarias. Así, para conseguir el reconocimiento de su persona, ponen por delante su miseria, sabiendo que habla por sí misma y que obliga al interlocutor a hacerse preguntas. No lo hacen exponiendo los hechos que les humillan, como piden los servicios públicos, sino hablando de su sufrimiento.

Así, este hombre parado o este otro que vive en la calle con su mujer y sus hijos, para conseguir un apoyo, una ayuda, hablan de cuánto sufren. El hombre de la calle, para conseguir un techo, cuenta con todo detalle la enfermedad de su mujer, la cifra y la brutalidad de los hombres que llegaron a vaciar su casa: *“Rompieron la estufa y sacaron el colchón a la calle cuando estaba lloviendo...”*. Otro hombre que fue a mendigar una ayuda a la alcaldía lleva en brazos a su hijo de cuatro años.

No dicen que les han pisoteado sus derechos; dicen que miremos su sufrimiento, que les ayudemos. Así descargan ante el funcionario de la ayuda social todo el peso que llevan encima. Como esta niña de once años, que vino un día a verme con un papel en el que su madre me pedía un poco de dinero para comprar pan. Quería que se fuera y le dije: *“Es tu madre la que tiene que venir a verme”*. Y ella me contestó: *“¿Y es que yo no tengo derecho a comer?”*

Esta última arma que es la miseria, que despierta la piedad, es la queja de los pobres. Puede conseguir una limosna, tal vez incluso la ayuda mutua y la solidaridad, y ellos lo saben. Falta de pudor, dirán muchos ricos, falta de sentido de sus derechos, falta de orgullo. Es algo mucho más profundo. El Cuarto Mundo sabe, como lo sabían ya sus abuelos por experiencia, que cuando se es demasiado miserable los derechos ya no importan. No queda más que esperar la piedad. Los más pobres saben por experiencia que hasta los Derechos Humanos sólo valen para los hombres a los que se reconoce como tales, que no valen para los hombres sospechosos de ser subhombres, inferiores, desechos. Saben que el último amparo del hombre no son los derechos recogidos en las declaraciones o en las constituciones. Saben que el único amparo del hombre es la misericordia, el amor, la justicia y la paz basadas en el amor.

En un barrio de chabolas de Glasgow, en una ciudad subproletaria de Marsella, en una ciudad marginal de Basilea, también es la única paz que los habitantes pueden crear entre ellos. Y es que, ya lo decía antes, están abocados a la tensión, a la discusión, a la violencia de unos contra otros. Pero para vivir, para que la vecina les preste un poco de leche, para que el vecino ayude a llevar a la mujer al hospital, hay que perdonarse una y otra vez las peleas, las calumnias del día anterior. Sin perdón, sin mansedumbre, no hay vida posible en el edificio donde vive demasiada gente, en el barrio de mala fama.

Y dirán: “Hay que entenderle, es violento, me ha pegado. Pero es que no tiene trabajo y no le dan el subsidio de paro. Quería a su mujer y ella le ha dejado”.

Pero esta mansedumbre personal, olvidada un día de demasiada pena y que renace al día siguiente, se vuelve contra quienes viven así. “Cuánta inestabilidad, cuánta inconstancia”, dicen los servicios sociales y la gente de alrededor. “Andan siempre a la gresca y luego les ves tan amigos”, dicen burlándose. Es la búsqueda de una paz imposible, la más desesperada que existe. Y es que no se la reconoce como tal, sino que se la transforma en algo irrisorio y ridículo, y nadie la tiene en cuenta.

Es una búsqueda de paz, de fraternidad, por otra parte peligrosa, porque sigue siendo una estrategia personal para obtener un alivio inmediato. Además, mantiene el statu quo de las falsas relaciones entre los ricos y los pobres. Provoca en nosotros los gestos de una piedad que jamás llega a la fraternidad. Sopa de caridad, distribución de ropa, reparto de material sobrante, regalos de Navidad, leche para los niños en el comedor escolar. ¿Qué significa dar leche en la escuela si la escuela no se transforma para garantizar la formación de los niños de la miseria? ¿Qué significa la sopa de caridad en París si al día siguiente no ofrecemos formación profesional? ¿Qué significa el refugio, la acogida de urgencia, si después no ofrecemos la seguridad de un techo, de un trabajo, de unos recursos?

Decía que los Derechos Humanos sin amor, sin un respeto inquebrantable por el hombre no conducen a nada entre los más pobres. Pero también el amor, si no es más que una piedad superficial, si no llega a reconocer los Derechos Humanos de los más pobres, les deja en la ausencia de fraternidad, en la inferioridad que hiere, en la impotencia contra las humillaciones. Este falso amor destruye al hombre más que el hambre.

Por eso la búsqueda personal de paz es peligrosa para los más pobres. La no violencia que cambia el mundo es la que lleva a las familias a tomar una postura *juntas*. Es la no violencia consciente, común y activa. Y de ella, que también nace en el Cuarto Mundo, es de lo que querría hablaros ahora.

IV – LA NO VIOLENCIA, UNA CONCIENCIA COMÚN

La no violencia, búsqueda de amor y de unidad entre todos los hombres, se encuentra ahí, en el corazón de estas familias sin defensa contra la violencia. De esta no violencia, proyecto para la humanidad, es de lo que debo hablaros.

Si os parece, vamos a seguir una historia a través de los hechos, para ver cómo la no violencia regate y la no violencia mansedumbre personal pueden convertirse en otra cosa. Primero voy a tomar unos ejemplos de los que hemos sido testigos en la zona de París. Seguramente sabréis que en los años 60 hubo una época de gran debate, de rechazo, incluso de revuelta, ante la profusión de suburbios y en especial por el campamento de los sin techo de Noisy-le-Grand. En aquellos debates fue donde se pronunció por primera vez la palabra injusticia. Con los equipos de ATD Cuarto Mundo, esta palabra fue repetida por los habitantes de aquellos lugares de miseria que fueron el campamento de Noisy-le-Grand, la ciudad de urgencia *La Cerisaie* en Stains y los dos grandes suburbios de Saint-Denis y La Courneuve. Así nos encontramos en una gran confusión de reacciones violentas diversas. Fue como si, en aquel mundo heterogéneo de la miseria que formaban los sin techo –familias subproletarias francesas, trabajadores extranjeros, familias repatriadas de África del Norte o familias de origen nómada– de pronto no se viera más que una reacción posible: la rebelión.

Fue un tiempo de gran infelicidad, sobre todo en el campamento de Noisy-le-Grand. Allí estaban alojadas aún más de 250 familias francesas, llegadas de todos los rincones de Francia o repatriadas de Argelia. Algunas vivían en la miseria desde hacía varias generaciones: eran analfabetas, subempleadas, tenían mala salud y vivían de lo que podían. Otras estaban un poco mejor, pero todas tenían la misma situación de indefensión. Todas estaban en las mismas circunstancias y se repartían en pequeños chamizos pareados contruidos de cemento y amianto. Cada casa tenía 8,40 metros de largo por 5,20 de

ancho. En ese pequeño espacio se amontonaban familias con siete u ocho hijos. Sufrían los rigores del invierno y los niños se deshidrataban en verano. A causa de estas miserables condiciones de vida, los niños pasaban todos los años varios meses en el hospital.

De pronto, una especie de ola de violencia recorrió aquella población mal alimentada y sin ninguna higiene. Os hablaba antes de sus constantes maniobras de regate, que para muchos se convirtieron en el arte de la supervivencia. Os hablaba de su indulgencia, de su mansedumbre continuamente renovadas. Pero ahí estaban, incendiando de pronto los locales de su propia comunidad, levantados con tanto esfuerzo y tanta paciencia. Una guardería fue pasto de las llamas y saquearon una pequeña barraca en la que se había instalado un despacho con los expedientes de solicitud de asistencia. Los robos se multiplicaron y robaron un almacén. Hombres y mujeres alterados echaron la culpa al alcalde, a los empleados municipales. De repente, algunos dijeron que apoyaban las acciones a favor de la Argelia francesa.

En medio de aquello, para protegerme a mí, como sacerdote, por la noche empezaron a hacer rondas alrededor de mi barraca unos hombres armados con carabinas. Un ambiente caótico en el que los voluntarios se encontraban totalmente desconcertados. Nos hizo falta un tiempo para distinguir entre la rebelión verdadera y la falsa. La verdadera era la de las familias a las que llamaban “pies negros”, apoyadas por algunas familias obreras, y la falsa, la torpe, la de las familias miserables.

Nunca olvidaré el desfile de aquellos hombres y mujeres que vivían de recoger chatarra y trapos, habituados a frecuentar los vertederos públicos, que me decían: *“Padre, esto tiene que parar, esto no es vida...Padre, dígales a esos incendiarios que se marchen. Padre, si nos vamos de aquí a vivir en paz, ¿se vendría con nosotros? Ya verá lo bien que está: le haremos una barraca sólo para usted.*

Aquella mañana y las semanas siguientes fueron los momentos más decisivos para la toma de conciencia y la adquisición de identidad del voluntariado de ATD Cuarto Mundo. En medio de toda aquella violencia, el voluntariado se convirtió en testigo y pudo sumarse a la toma de conciencia de las familias más pobres: no queríamos la violencia, queríamos la paz. Las propias familias, a través de la experiencia de unos pocos meses alucinados, podían distinguir, decirse y decirnos lo que pensaban de aquella forma de violencia que proponían quienes eran más fuertes que ellas.

Algunos años después, en 1968, las familias de *La Cerisaie* nos transmitieron un mensaje idéntico. Era una población demasiado miserable para que la tuvieran en cuenta los grandes movimientos de entonces: mientras la huelga estaba en la calle y la revuelta en las universidades, nadie fue a decirles que se rebelaran ellos también. Sin embargo, sabían lo que estaba pasando en los suburbios próximos, habitados por trabajadores emigrantes que sí trabajaban, mientras que en *La Cerisaie* el 80% de los hombres estaba en el paro. Allí echó raíces la violencia, en el inmenso desprecio de que nadie les tuviera en cuenta. La Cerisaie, en medio de los lugares de miseria de la zona de París, se convirtió en la ciudad de la desesperanza. La violencia entró, pero dirigida en aquella ocasión contra las únicas personas del exterior presentes en los barrios de barracas: los voluntarios de ATD. Fueron acosados, sufrieron robos, atacaron sus casas, día y noche, durante semanas. Y ellos también, a fin de cuentas, se encontraron delante de hombres y de mujeres totalmente desorientados, que les decían: *“No era esto lo que queríamos... Queríamos saber si vosotros por lo menos estaríais de nuestra parte, si vosotros por lo menos os quedaríais con nosotros”.*

No voy a detenerme en la historia de *La Campa*, en La Courneuve, y *Les Francs Moisis*, en Saint-Denis, dos suburbios de la época. En *La Campa* hubo sobre todo enfrentamientos más o menos violentos entre los habitantes y la policía o los empleados que periódicamente tenían que destruir los refugios con las apisonadoras. Pero las familias españolas que marcaban la tónica en aquel suburbio no conocían la lucha de la clase obrera francesa. Demasiado pobres, demasiado aisladas, demasiado amenazadas con que les retiraran el permiso de trabajo o de residencia, su violencia sólo se desataba en fregonazos, ante una apisonadora o un uniforme de policía.

En *Francs Moisins*, un suburbio de más de cinco mil almas en el que predominaban los portugueses, no se instaló la violencia general, debido a la procedencia rural de la mayoría de las familias, su forma de pensar, su prudencia y su sabiduría de campesinos. También para ellas era perjudicial y peligroso aquel jaleo. Para demostrar su determinación de defenderse con las pocas armas que tenían a mano (picos y palas), los portugueses montaron guardia varias noches, con el miedo de que los estudiantes de Nanterre, en solidaridad con la clase obrera, vinieran a prender fuego al suburbio.

Está claro que este rechazo a la violencia manifestado por las poblaciones muy pobres no era todavía un auténtico proyecto de no violencia. Pero en aquel momento de la historia los más pobres se vieron confrontados a situaciones en las que la violencia no era sólo una tentación, una reacción personal instintiva a la desgracia impuesta. Se les proponía una violencia colectiva. Llegaron elementos ajenos a su entorno que les animaban a recurrir a acciones comunes contra la sociedad. Los equipos de ATD Cuarto Mundo son testigos de que, tras un período de angustia, los más pobres dijeron no a la posibilidad de entablar un cierto tipo de lucha. *“No, queremos que cambien las cosas, pero no así”*.

En realidad era un doble cambio. *“Queremos que esto cambie”*, decían las familias. Releyendo los informes de observación de los voluntarios de entonces, creo poder afirmar que, entre 1960 y 1968 entró en su vocabulario la expresión “nosotros, las familias de las ciudades”, primero casi imperceptiblemente y poco a poco de forma más evidente. Los más pobres tomaron conciencia de que podían decir “nosotros”. Desde aquel momento, Francia reconocía, al menos, la injusticia de las condiciones de sus viviendas. Ya no era una cuestión de caridad, como diez años antes, sino de derecho, de justicia. Los más pobres se habían convertido en titulares de un derecho. Con este reconocimiento, sin duda aún muy débil, las familias subproletarias, que por fin se encontraban entre los titulares de derechos, podían empezar a reconocerse también entre ellas. Podían afirmarse como personas, como familias, como un grupo digno de tener derechos y, por tanto, honorables, que ya no tenían por qué ocultar su procedencia.

Este *nosotros* fue la primera conquista de aquellos años turbulentos. Hizo posible una segunda toma de conciencia: *“Queremos el cambio, pero no queremos que sea con rencor, con hostilidad, con violencia”*. Había nacido una conciencia común. Queda por saber qué cambios querían y qué caminos eligieron.

V – LA NO VIOLENCIA, UN COMBATE POR LA PAZ ENTRE TODOS LOS HOMBRES

Os hablaba de la toma de conciencia en el entorno más amplio de las familias. En Francia, garantizar la vivienda a todos ya no era una cuestión de compasión, sino un desafío a los Derechos Humanos. Creo que la presencia del voluntariado en el seno de las ciudades contribuyó mucho a preparar a las familias subproletarias para que se hicieran dueñas del cambio también por ellas mismas. ¿Qué habían hecho esos voluntarios, sino manifestar por todos los medios posibles su convicción de que aquellas familias, sus padres, sus antepasados, víctimas de la miseria desde tanto tiempo atrás, se merecían todos los honores? Cuando uno es consciente de tener antecedentes honorables, no se sorprende mucho si oye decir que tiene derechos.

Descubrir que se es hombre de dignidad y de honor, descubrir que se tienen raíces honorables, tomar conciencia de que todo hombre, por más que la miseria lo haya destrozado, posee una dignidad inalienable, acaba con la violencia en los lugares de miseria. Cuando *juntos* se reconocen respetables pueden descubrirse también inteligentes y conocedores de muchas cosas sobre esa miseria que no deja de engendrar violencia. Se aprende a razonar juntos. Y cuando se sabe razonar, se sabe convencer. *“Cuando hablamos no nos peleamos”*, fue, una tarde, la conclusión de uno de los hombres más violentos de una ciudad de Val d’Oise.

Esta utilización de la palabra para exponer *juntos* en adelante una miseria no ya personal, sino vivida por todo un pueblo que está al pie de la escala social, se prolonga en la escritura. En el

campamento de Noisy-le-Grand, las familias se aliaron para conseguir la destrucción de aquel gueto insalubre. Todas las semanas, durante varios meses, enviaron una carta de queja al general de Gaulle, entonces Presidente de la República. En ella iban hablando por turnos, cada una a su manera aunque de común acuerdo, de su sufrimiento, su miseria, el paro, las enfermedades de sus hijos. Reclamaban que se construyera una ciudad donde niños y adultos pudieran por fin vivir decentemente. Cuando finalmente lo consiguieron, algunas familias incluso se negaron a ser las primeras en realojarse, porque querían que se asignara una vivienda a todas, y ante todo a las más pobres.

Así, las familias del campamento d Noisy-le-Grand utilizaron como arma de persuasión su miseria, el estado de abandono y el sufrimiento que se les había impuesto desde hacía más de diez años y, en el fondo, de siempre. Dispararon su última bala para que los poderes públicos les tuvieran en cuenta y les propusieran nuevas formas de vivir con dignidad. La diferencia con el pasado es que aquella vez lo hicieron con una acción común. Era ya una forma de llevar a cabo un proyecto común no violento.

Pero todavía habría otro cambio en aquellos años 60. Un doble cambio, porque, a fuerza de consolidar su identidad, las familias se habían dado un nombre. "*Somos el Cuarto Mundo*". "*Nosotros, los del Cuarto Mundo*", empezaron a decir. Y es que entre muchos otros momentos de la historia, las familias habían querido especialmente recuperar la epopeya de aquel defensor de los pobres, Dufourny de Villiers. En efecto, en 1789, a las puertas de la Revolución, aquel hombre había recordado la existencia de un Cuarto Estado: el orden sagrado de los infortunados del Reino. Reunió cuadernos de quejas, exigió que el Cuarto Estado estuviera representado junto a los nobles, el clero y el Tercer Estado. Allí se reconocían las familias y allí descubrieron similitudes extraordinarias.

"*Esos somos nosotros*", decían.

Y así el Cuarto Estado se convirtió en Cuarto Mundo.

El segundo enriquecimiento que logró aquel cambio fue que "*nosotros, el Cuarto Mundo*" ya no podía ser solamente "*nosotros, los del campamento de Noisy*", "*nosotros, los de La Cerisaie*". Se habían ampliado los horizontes de la región a Francia, a Europa y, desde 1963, a Estados Unidos y la India.

Ya en Noisy, a través de las cartas semanales al Presidente de la República, las familias del Cuarto Mundo recordaban los riesgos que corre la democracia si acepta la injusticia. Recordaban que la democracia se niega a sí misma cuando considera que el abandono de los más débiles es inevitable, como algo necesariamente ligado a cualquier proyecto de futuro. Presentándose con las manos vacías, sin gritos ni amenazas, devolvieron y rehabilitaron a todos los pobres en la conciencia democrática.

Igual que hicieron en la misma época los habitantes del suburbio *La Campa*, que eligieron la misma arma: su miseria, su sufrimiento y el desprecio en el que debían vivir. También allí se estableció la estrategia sin grandes discursos y con un consenso general. Su suburbio se había construido al lado de una carretera nacional por la que pasaban miles de coches de día y de noche. Decidieron colgar de los árboles que bordeaban la carretera unas pancartas para recordar su situación: "*En este lodazal viven 3 500 personas, de ellas 2 000 son niños*". Todas las tardes, al caer la noche, llegaba la policía para arrancar y destruir las pancartas. Sin embargo, no hacían más que recordar que la miseria en la que vivían 3 500 personas, 2 000 de ellas niños, que ni siquiera reclamaban justicia, sino sólo dignidad. Todas las mañanas, hombres, mujeres, jóvenes y niños del suburbio volvían a colocar otras pancartas en los árboles. Hasta que un día el Director del Fondo de Acción Social aceptó incluir *La Campa* en la lista de suburbios cuyas familias debían ser realojadas de forma prioritaria.

En *Francs Moisins*, en Saint-Denis, las familias optaron por una estrategia parecida, pero tal vez aún más original. Para hablar de su situación sin salida, ayudadas por un pequeño equipo de investigadores de Movimiento ATD Cuarto Mundo decidieron hacer una encuesta sobre su situación. Esta encuesta, que hicieron las propias familias, traducía las estadísticas oficiales en sufrimiento humano. Fue una hazaña y un desafío, porque para la Administración no existía aquel suburbio de más de cinco mil hombres, mujeres y niños. Se encontraba en un terreno impreciso y no existía para el servicios de correos. Para recibir sus cartas, los habitantes tenían que alquilar un apartado "en la ciudad", como ellos decían.

Aquella audaz acción no violenta tuvo un resultado sorprendente: el Fondo de Acción Social ayudó a pagar los gastos de aquel estudio que, a priori, no desearía ninguna administración.

¿Daban los resultados la razón a las familias de Noisy, de Stains, de Saint-Denis, de La Courneuve? Sin duda, porque en los años 60 las reuniones de adultos de Cuarto Mundo se transformaron poco a poco en Universidades Populares. Habrían podido convertirse en mítines políticos para alimentar una lucha de unos hombres contra otros hombres, de pobres contra ricos. Las familias hicieron su Universidad, donde la palabra estaba al servicio de un nuevo saber, elaborado entre todos, como base de la unidad y de la paz. La paz entre familias, pero también con todo aquel mundo que las oprimía.

Invitaron a sus sesiones al Director General de Empleo, a una directora de Educación Nacional y a muchos otros representantes de los poderes públicos. Aquellas Universidades Populares que se reunían en sótanos o en barracas, bajo un cañizo o incluso en la cárcel, están repartidas hoy por todo el mundo. Se colocan en el curso recto de la historia que había empezado, sin ruido, en la región de París.

En esas universidades de sitios y calles en que ninguna otra universidad habría imaginado instalarse se apoya otra acción por la paz de carácter internacional, que pronto sería mundial: la de las grandes reuniones con que hemos ido marcando progresivamente la ruta de las familias. Actos populares, auténticas fiestas de los Derechos Humanos donde pueden reunirse periódicamente más allá de fronteras y océanos, hablar de las cosas en las que habían reflexionado y que habían construido juntos en las universidades locales y regionales. Las universidades y estos actos internacionales históricos han tenido siempre un doble carácter:

- se desarrollan en paz, con alegría, son una fiesta de las familias,
- representan una mano tendida a los demás ciudadanos.

Y es que están invitados todos los funcionarios, todos los políticos, todos los profesionales de todos los campos, todos los simples ciudadanos de toda condición social, religiosa y política. Y es que para los más pobres son iguales todas las clases, partidos políticos y profesiones, porque ninguno de verdad ha hecho de los últimos los primeros, ninguno les ha tenido de forma duradera en el centro de sus intereses. Por eso los más pobres son, por su esencia, agrupadores de todos los hombres. A su alrededor puede lograrse la unidad de todos. De una parte, las propias familias del Cuarto Mundo, sinceramente, no pueden tener preferencias y necesitan por igual a todos. Por otra parte, todos sus conciudadanos, sean como sean, tienen por delante todo un camino para unirse a las familias de forma duradera.

Todo esto es lo que nos han enseñado, haciéndonos vivirlo, las familias de la miseria, y es así como, por un camino que nosotros mismos no hemos terminado de analizar, las familias y los voluntarios han concebido un Movimiento de lucha contra la miseria con los más pobres como agentes principales. No podía ser más que una marcha hacia el consenso, hacia la paz.

VI – LA NO VIOLENCIA, UN ÉXITO POR SÍ SOLA

Me gustaría decir una última palabra sobre la condición esencial que ha hecho posible esta historia y también sobre los frutos que ha dado. Y es que estas familias también nos han enseñado, día tras día, que la no violencia libremente elegida, común y activa, la no violencia como proyecto para la humanidad, para ellas representa un riesgo incalculable, un riesgo aceptable únicamente si tienen a su lado a otros que hombres se comprometen y consagran su vida.

Los más pobres son nuestros maestros en no emprender la lucha abierta y hasta en perdonar lo imperdonable, y la primera injusticia es que somos pocos los que se lo decimos. Como sacerdote no puedo evitar pensar que mi primer deber es decirles a los pobres que son bienaventurados porque son artesanos de la paz. Mi primer deber es decir a los humildes que saben cosas que el Padre ha ocultado a los poderosos, y que la primera de esas cosas ocultas es, precisamente, que los hombres deben practicar el perdón, porque el perdón es la única garantía de paz.

Pero estoy profundamente convencido de que hay un deber que otros deben compartir. La primera condición de este acercamiento de las familias del Cuarto Mundo a una acción común por la paz es que a su lado lleguen hermanos, voluntarios, y se pongan frente a la injusticia con las manos vacías, sin armas ni equipaje, sin teorías previas ni medios. En resumen, la condición es que se acerquen a la fraternidad como voluntarios, aunque también como aprendices de estas familias y que después se conviertan en testigos activos.

¿Acaso Jesús actuó de un modo distinto para traernos Su Reino? ¿No se convirtió Él mismo en excluido, en el último entre los últimos, para revelar a todas estas masas de pobres que le seguían que ellos eran los primeros en comprender, que a su alrededor se crearía toda paz y se construiría el Reino? Si no es compartiendo su propia vida como hizo Cristo, sinceramente, no se me ocurre qué habría podido empujar a las familias del Cuarto Mundo a correr el riesgo de la no violencia común y colectiva.

Y es que, a pesar de todo, es preciso calcular los riesgos que hacemos correr a los más pobres cuando les proponemos una acción no violenta común. ¿Hemos pensado en lo que puede provocar en el espíritu y el corazón de los ricos ver que una ciudad camina hacia una manifestación de paz, apoyada únicamente en el peso de su miseria? Las familias no necesitan mucha imaginación para ver los peligros. Ya lo hemos visto: *"Más vale callarse"*, nos decían, *"porque si no nos echarán de aquí y se llevarán a todos los niños"*. En absoluto son riesgos imaginarios, porque la expulsión y la pérdida de los niños forman parte de la existencia de toda la población desde hace más de un siglo.

Sin embargo, en 1968, cuando Francia parecía abocada a la revolución, estas familias tan pobres empezaron a buscar el diálogo con las universidades y los estudiantes contestatarios, con las organizaciones familiares y obreras de todas las tendencias: *"Nosotros somos los que más sufrimos las huelgas: no nos llegan los pagos ni los subsidios, y nuestros hijos no tienen nada que comer"*. Qué humillación ver luego llegar unos camiones de los que los estudiantes sacaban los restos de comida que habían llevado a los huelguistas a las fábricas, unos alimentos que habían estado retenidos y en parte se habían estropeado.

Pero si las familias del Cuarto Mundo resistieron, no fue por algunos éxitos que con demasiada frecuencia nuevos fracasos ponían en duda. Creo poder decir que fue por la experiencia en sí misma, vivida a partir de entonces con un Voluntariado que se había hecho internacional. Para las familias fue duro y humillante el aprendizaje de este contacto con los ricos. Descubrieron que, muchas veces, para toda aquella gente la lucha no era más que ideas, que para ellos la verdad estaba en los conceptos, mientras que para ellas la verdad está en la vida. *"Tienen ideas bonitas, pero son incapaces de conocernos"*.

Fue un aprendizaje duro también para los voluntarios. ¿No formaban parte de aquella generación que quería cambiar el mundo? Ellos creían que sí, pero cuando acudían a las reuniones en la Facultad de Medicina, en La Sorbona o en Nanterre, les quitaban el micrófono de la mano.

A pesar de su decepción, las familias seguían queriendo la fraternidad entre todos los hombres. Se lo decían a otras: *"Es eso, la justicia, la paz. En pocas palabras: debemos amarnos"*. Era también lo que los voluntarios afirmaban a través de su vida, porque lo habían aprendido de las familias: que hasta en la peor miseria es posible el amor. Que la voluntad de no dejarse encerrar en un gueto es más fuerte que la opresión de quienes crean los guetos. Que la ley del más fuerte deja de ser ley si los hombres la rechazan, si como respuesta utilizan la palabra de los humildes, como hombres sin armas. El Voluntariado afirmaba, porque lo había aprendido en las ciudades, que los más pequeños, en lo más profundo de ellos mismos, exigen la armonía, la conciliación, la paz. Este Voluntariado no llevaba al Cuarto Mundo ninguna ideología extraña, ninguna competencia especial ajena, sólo esto: haber aprendido y volver aprender cada día a escuchar, a descodificar los signos, a restituir a los más pobres su historia.

El único resultado del que hoy estamos seguros es que esta acción contribuye a liberar a los más pobres, hasta que puedan, por ellos mismos, convertirse en hombres de conciliación, en hombres de alianza. Pero también estamos seguros de que este resultado supone un gran peligro: mantener el statu quo de la injusticia y hacer de la no violencia el “pan y circo” de los pobres.

VII – POR LA PAZ, ABANDONAR TODO PODER

Proclamar que no somos enemigos de nadie, que en la lucha por una auténtica justicia no puede haber vencedores ni vencidos, proclamar que no puede haber más alternativa para la paz del mundo que los encuentros en la fraternidad, representa una amenaza para quienes tienen alguna forma de poder. Y es que la paz y la no violencia para la paz –nos lo enseñan los más pobres de todas las épocas– significan que quienes tienen poder lo abandonen.

Es preciso revisar todas nuestras acciones y todos nuestros movimientos a favor de la paz cuando ganan en fuerza y en prestigio. La cuestión se plantea de entrada en cuanto se acumula el menor poder. Para los creyentes se plantea bajo la mirada de Jesucristo, que recuerda al mundo que la salvación llega porque Él decide renunciar a todos los poderes y ser uno más entre los más desarmados, los más reprobados. También nosotros debemos preguntarnos adónde vamos con el Cuarto Mundo cuando apoyamos su búsqueda de paz. Nuestra acción puede llevarle a encontrarse, algún día, más hundido en la miseria que antes, más decepcionado y más desesperado.

¿Cómo no temblar ante la fragilidad de sus modestas conquistas? ¿Le benefician? De momento, sin duda. Pero, ¿cuánto tiempo durará ese beneficio? Y si no hay avance en estas humildes victorias, si hay una parada o incluso un retroceso, como bien podemos temer en estos tiempos de crisis y grandes cambios, ¿qué será mañana del Cuarto Mundo? En la sociedad de la informática que está creándose ante nuestros ojos, ¿podrán los trabajadores subproletarios seguir diciendo lo que querrían ser, lo que querrían que fuese esta nueva humanidad cuyos horizontes amplía la electrónica? ¿Será la lucha por aliviar la pena de los hombres, por la modernización, una lucha por la paz, es decir, al servicio, en primer lugar, de los más pobres?

Todas nuestras luchas han de hacernos reflexionar en la medida en que las familias del Cuarto Mundo no están invitadas a estar presentes y a participar plenamente en ellas. La interrogación vale para todos nosotros, también para nuestros más sinceros movimientos a favor de la no violencia y la paz. ¿Es nuestra no violencia la suya también? La paz que se busca, ¿es la de Jesucristo para conseguir la unidad de todos los hombres?

Éstas son las preguntas que siguen haciéndonos las familias subproletarias. Nos las hacen no para que nos quedemos con ellas, sino para que las repitamos por todo el mundo, para que el mundo se pregunte permanentemente. La no violencia –¿quién lo sabe mejor que estas familias?– es una revisión cotidiana, un bien que debe conquistarse cada día. Vosotros mismos habéis llegado a esta conclusión desde hace tiempo. Entonces, ¿por qué esperar para aliarse con las familias más alejadas de los caminos de los hombres? ¿No es a ellas hacia quien Cristo nos ha enviado?

A través de nuestras luchas, nuestros combates y nuestras oraciones, Dios construye un mundo nuevo en el que los últimos serán al fin los primeros, en el que los poderosos serán destronados. Un mundo en el que los ricos lo habrán abandonado todo, habrán entregado sus bienes, sus poderes, sus privilegios, para unirse a Jesús en el corazón de la miseria. Este mundo vive ya en nosotros.

Jesús desfigurado, abucheado por los propios pobres, Jesús en el camino del Gólgota, donde los justos no iban jamás por miedo a mancharse, proclama: Felices los más pobres, benditos sean los que dejan todo para unirse a ellos y, como ellos, están sedientos de paz.

